

IN MEMORIAM El autor recuerda la figura del fallecido Fernando Seves Morentín, presidente de la Asociación de Amigos del Monasterio de Fitero, buena parte de las cuales se celebraban durante el mes de agosto

Pulchrum placet

Ricardo Fernández Gracia

EVOCAR el mes de agosto en Fitero, a lo largo de las tres últimas décadas, desde 1991, conduce a repasar un conjunto de actividades culturales, que han tenido como protagonistas a diversos aspectos de su historia, su imaginario y su patrimonio material e inmaterial, en torno a sus patronos, su sobresaliente acervo artístico, su balneario, el beato Juan de Palafox y el poeta Gustavo Adolfo Bécquer. Temas que siempre han ido, en formato de concierto, conferencia o mesa redonda, de la mano de cualificados profesionales: profesores universitarios, académicos, músicos, archiveros e investigadores de reconocido prestigio. El tiempo y la verdad que, como dice santa Teresa, “padece, pero no perece”, pondrán todo ello en su lugar, lejos de cualquier pasión y de la vana arrogancia que, a la postre, es ignorancia.

Impulsor constante de esos proyectos ha sido el presidente de la Asociación de Amigos del Monasterio a lo largo de estos años, Fernando Seves Morentín, fallecido a comienzos de abril de este año. El que suscribe ha sido testigo, junto a la Junta de la mencionada asociación, de su trabajo, basado en las ganas y los afanes, la perseverancia, la convicción, la iniciativa, la disponibilidad y generosidad de su tiempo, el empeño, el esfuerzo, el ánimo, la energía y la pasión por lo bien hecho, a costa de horas de compromiso y de tener muy claro que “las gestas se gestan”. Al trazar estas líneas, guiado por el axioma cervantino que afirma que “lo que se sabe sentir se sabe decir”, reflexionaré sobre cuatro aspectos, con afecto, no exento de sentida emoción.

Interés por aprender

En primer lugar, hay que destacar su interés por aprender. Siempre preguntaba por libros, en donde nutrirse y adquirir conocimientos para la comprensión y contextualización de diferentes temas. Asimismo, tenía bien asumido el pensamiento de José Ortega y Gasset que invita a “sorprenderse y maravillarse” para percibir y entender, señalando la importancia de la sana curiosidad, con la que debemos afrontar la contemplación de los bienes culturales. Las exposiciones en Madrid, Pamplona, Sevilla o México, figuraban siempre entre sus objetivos y nunca volvía sin sus catálogos, para aprender con la lección de sus fichas catalográficas. A este respecto, me remito a Francis Bacon cuando recuerda que “las personas vanas e indolentes afectan despreciar las letras, los hombres sencillos las admiran sin tocarlas y los sabios las usan y las honran”. A través de la lectura obtuvo muchas satisfacciones, si bien era consciente de que la verdadera sabiduría



Fernando Seves explica a la abadesa de Tulebras, M^a Pilar Germán, la Exposición organizada por los Amigos del Monasterio de Fitero con motivo de su XXV Aniversario, sobre belenes históricos, en diciembre de 2016. LATORRE

consiste en esa mezcla de saber y moral, de ciencia y conocimiento, de trabajo y orientación vital hacia lo justo, lo verdadero y lo bello. Y con el agrado que proporciona la belleza, he comenzado este texto con una sintética expresión latina.

Un segundo aspecto se refiere a su innata disposición a disfrutar apasionadamente con cuanto hacía, ora releendo a su venerado Palafox, ora recomponiendo una figurita decimonónica de barro cocido para el belén familiar, ora ayudando al párroco, ora dando vida a una secular madera, ora recomponiendo un maltrecho objeto o haciendo una llave para una vieja cerradura de forja artesanal. Pocas dificultades le frenaban, todo eso lo hacía con esfuerzo, dedicación, ánimo y tiempo, porque tenía asumido el pensamiento aristotélico de que “lo que con mucho trabajo se adquiere, más se ama”. Y al disfrute de lo material y lo sensorial, añadía sus creencias y los valores del cristianismo, tan acordes con el ambiente en el que se gestó el patrimonio europeo.

El tercer punto a considerar es todo lo relativo a la recuperación mueble e inmueble del monasterio de Fitero. Consejeros, directores generales de cultura y otros responsables de la *res publica*,

desde hace tres décadas, lo han conocido bien y en sus agendas constarán sus continuas diligencias. Son fieles testimonios, al respecto, sus viajes, relaciones con otras asociaciones y pacientes entrevistas en torno a la defensa de un patrimonio que, hace unas décadas, necesitaba intervenciones por los cuatro costados. Tiempo habrá para desgranar todo ello y recapitular enormes satisfacciones, nunca emborronadas por minúsculos sinsabores.

Por último, Fernando tuvo la suerte de compartir su vida durante medio siglo con su mujer, Adita, desde que contrajeron matrimonio en la emblemática sala capitular del monasterio. Todo un acicate para aprender a degustar y saborear las obras artísticas, para sensibilizar más si cabe una predisposición innata hacia lo bello y a cuanto de identidad poseen tantos bienes culturales. La colaboración de Fernando en exposiciones sobre el legado del monasterio de Fitero, el virrey Palafox, belenes históricos, Bécquer, san Raimundo, la Virgen de la Barda ... etc., tuvieron siempre detrás a su mujer como aliciente y mano directora para perfeccionar un sinfín de detalles, en aras a mejorar, siempre, delicados empeños.

En definitiva, en tiempos en

que, como recuerda Vargas Llosa, en su libro *La civilización del espectáculo*, parece primar la cantidad sobre la calidad, la banalidad y la escasa profundidad sobre la seriedad, a una con la complacencia y la autosatisfacción, el ejemplo de Fernando para disfrutar con el patrimonio puede servir de paradigma en una sociedad avanzada, culta y con altos niveles de bienestar, que no debiera consentir que su rico acervo esté ausente de su devenir cotidiano.

Consciente de que “el que no agradece, no merece”, es de justicia reconocer la labor de Fernando para llevar a buen fin proyectos editoriales, expositivos y de difusión cultural, siempre para invitar, animar, inspirar y entusiasmar en torno a la cultura animi, en expresión ciceroniana, y al saber que, en palabras de Baltasar Gracián, es lo que más cultiva a los hombres, y en las de don Miguel de Unamuno reconocen que “sólo el que sabe es libre, y más libre el que más sabe”.

Termino como a él le hubiera gustado, con un dictamen palafoxiano: “Haz las cosas de manera y tales que, si no se premian en esta vida, se premien en la otra”.

Ricardo Fernández Gracia, académico correspondiente, Real Academia de la Historia

MILLÁS Y EL MUNDO

Juan José Millás



DESACUERDO

MI madre, un ama de casa convencional, era una disidente de todo.

La recuerdo mirándonos a sus hijos con una extrañeza que no le cabía en los ojos, como si dijera:

—¿Yo he ocasionado todo esto? ¿Yo soy la responsable de esta gusanera?

El gesto de extrañeza duraba un instante, luego regresaba al papel que la economía le había asignado. Y nos preparaba el baño, nos hacía la cena y hasta nos besaba al llevarnos a la cama. Muchas veces, antes de dormirme, me preguntaba cómo era mi madre cuando ya no estábamos. Jamás me pregunté cómo era mi padre porque él no manifestaba su desdicha. O no la padecía o se la guardaba. ¿Pero cómo son las madres después de que sus hijos se encuentran en la cama?

En todo caso, aquella mirada se quedó en mí como una herida hecha con un hierro al rojo vivo. Como se marca al ganado. Estoy marcado por la extrañeza de mi madre. De ahí que a veces sea para mí mismo una especie de pariente lejano. Me sueño, me conozco, pero no sé de qué, no acabo de ubicarme. O sí: ese rostro, el supuestamente mío, lo vi ayer en el espejo de la frutería. Yo estaba allí, comprando unos aguacates. Luego pagué, di la espalda a la imagen del espejo y salí de la frutería, de la real y de la reflejada.

Pero salí como un extraño, como un desconocido. Me gustan más los días en los que soy un desconocido que en los que soy puramente yo. En los días en los que soy un desconocido me observo con la mirada de mi madre, como si fuera adoptado. Me extrañan mis gustos lectores, gastronómicos o sexuales. Son los de otro. Fui otro para mi madre. Soy otro para el mundo, para mi gato, para el espejo del cuarto de baño. Soy otro disfrazado de mí, lo que significa que mi yo es una prótesis. Tengo una prótesis en el lugar en el que otros tienen un yo. La prótesis, me dijo un día un manco con una mano artificial, te permite apreciar la artificialidad del órgano natural. Entre tanto, discurre el aniversario de la muerte de mi madre y al recordarla me pregunto quién fue y me respondo que fue una disidente de la vida. En eso he acabado yo: en un profundo desacuerdo con todo.